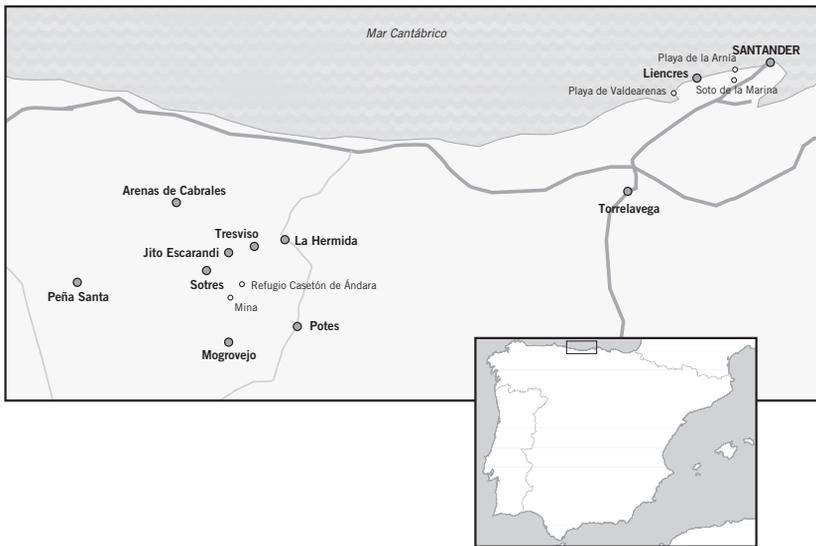


PABLO DEL RÍO

**OCHO
JUEVES**

E  BOLSILLO

Escenarios de la novela



1

Mayo de 2019

LOS RELOJES DE arena no se limitan a marcar la hora como cualquier otro. Ilustran una cuenta atrás, anuncian el tiempo que queda. Ese maldito hilo cae con la insoportable cadencia de una agonía.

Los montañeros franceses hacen cumbre en la Morra de Lechugales. En su regreso comienza a llover con furia, circunstancia que no tenían prevista. El pronóstico meteorológico auguraba lluvias en la zona noroeste de los Picos de Europa y un cielo claro en la vertiente sur, por la que iban a transitar.

En la ascensión observaron varias cuevas horadas en la roca. No se detuvieron a investigar; ya tendrían tiempo de ejercer de exploradores en el descenso. El conductor de la furgoneta que los acercó hasta el inicio de la ruta les había contado que en esa zona del macizo oriental había una antigua explotación de blenda con un centenar de bocaminas.

En cuanto comienza a jarrear, se cobijan en una cueva. La fiereza del viento dispara la lluvia al interior, de modo que retroceden unos metros hacia el fondo con la esperanza de que deje de llover en breve. No han terminado de desfilar hacia las entrañas de la mina cuando se escucha un crujido inquietante, como si la montaña se hubiera desgajado por la mitad y la bocamina quedara en medio. Se miran unos a otros, apenas se ven las caras: la poca iluminación que llega del exterior no sobra, pero les alcanza

para comprobar que el brillo de los ojos no proviene de un repentino sentimiento de hermandad, sino de un latigazo de pánico.

Tras el rugido, algunos montañeros apuestan por salir de inmediato. Es más inteligente empaparse hasta los huesos que esperar a la próxima sacudida y quedar enterrados ahí dentro. No puede restar mucha distancia entre la cueva y el Casetón de Ándara, un refugio con todas las comodidades y donde podrían desprenderse de la ropa mojada, tomar un caldo caliente y, lo más esencial, aguardar a que cambie el tiempo al amparo de un techo seguro.

Maurice, el mayor del grupo, se muestra contrario a salir a la intemperie. Prefiere permanecer bajo la protección de la bocamina antes que pillar una pulmonía o despeñarse por un precipicio a consecuencia de un resbalón. «Esta cueva lleva abierta un siglo y no ha dado problemas de fiabilidad hasta la fecha», diserta tras una socarrona carcajada.

Se suscita una discusión entre los que desean quedarse y quienes prefieren abandonar cuanto antes aquel agujero. La disputa se zanja antes de haberse iniciado. Para ser más concretos, en el preciso momento en que un flujo de tierra comienza a desprenderse de la bóveda y forma un pequeño montón en medio de la cueva. Un flujo de tierra similar al que cae en un reloj de arena.

¡Un reloj de arena!

La imagen recuerda el símbolo de la cuenta atrás en los concursos televisivos. ¿Se trata de una mera casualidad o la naturaleza —pródiga en avisos previos a que se desencadenen las catástrofes— les está lanzando una advertencia?

No da tiempo a comprobarlo. Un segundo chirrido, más ahogado que el anterior pero más vehemente, hace retumbar la cueva. Los chicos perciben una propulsión en los pies, una sacudida de tal magnitud que los despiden hacia arriba un

par de centímetros. La mínima fisura por la que caía el chorrillo de tierra se alarga hacia los extremos y deja en el techo la forma de una dentadura. En la bóveda se abren las fauces de un ogro que da miedo.

El hilo de tierra no tarda en convertirse en torrente y termina en una catarata de piedras del tamaño de huevos de avestruz. Cuando se quieren dar cuenta, un fragmento de la bóveda se ha resquebrajado por completo. Lo que retumba como música de timbales tiene poco de melódico, más bien se corresponde con el estrépito desencadenado por rocas cada vez mayores que se desprenden del techo y chocan entre sí como borrachos en una fiesta. Piedras del tamaño de una lavadora caen a plomo sobre el suelo de la cueva; otras menores se derraman desde las paredes y ruedan hasta quedar parapetadas junto a las que ya se han asentado.

Llega un momento en que el polvo no les deja atisbar la escena, como si hubieran hecho una hoguera con paja mojada. Lo que escuchan a continuación responde a un siniestro concierto de estridencias y traqueteos. La luz exterior mengua a cada embate. El paulatino apagón solo puede significar una cosa: la bocamina se cierra, tapiada por las piedras y la tierra descolgadas de la bóveda.

El polvo acumulado en la gruta les dificulta la respiración. Se escuchan toses y lamentos por no haber abandonado la cueva antes de que se convirtiera en una ratonera. Protestas fuera de plazo, como ocurre siempre con el arrepentimiento. Acusaciones cruzadas, exabruptos, reproches improductivos, quejidos de desesperación que enmudecen cuando una segunda grieta se cierra sobre sus cabezas. Esta se despereza con más ímpetu que la anterior. Las rocas amenazan con enterrarlos vivos. En un acto reflejo para sortear el derrumbamiento, dan un par de pasos hacia atrás medio

a oscuras. A continuación, se escuchan alaridos que repican en los oídos como timbrazos. Son gritos de espanto y fatalidad.

Durante décimas de segundo, los cuerpos vuelan. Aterrizan en una superficie rígida, dura y de relieve irregular. Lo que se oye luego es un coro cacofónico de gemidos, sollozos y aullidos de dolor.

Han caído en un pozo oculto en el fondo del túnel. El mazazo es terrible, sobre todo porque los ha pillado por sorpresa y se han desplomado de espalda mientras retrocedían. No les quedaba elección. De no haber reculado hacia el interior de la cueva, hubieran quedado sepultados bajo las piedras.

Tras el impacto, el joven Bertrand comienza a sentir dolor. Un fuerte golpe en el hombro derecho y una sensación abrasadora en la rodilla del mismo lado son la causa.

Debajo de las piernas nota algo blando. Ha caído sobre uno de sus compañeros, que le sirve de colchón. La oscuridad es casi absoluta y la luz, mortecina y escasa, mana desde muy arriba, se cuela a través de una rendija no mayor que un lápiz. Bertrand tiene la espalda apoyada contra una pared de roca y el trasero en el cuerpo de un compañero que no se queja. Imagina que el chico yace inconsciente. Ni se le pasa por la cabeza que pueda estar muerto, aunque no lo descarta. Busca a tientas. Al acercar la mano derecha para palparlo, nota un calambrazo en el hombro. No puede moverlo. Extiende la mano izquierda hacia el compañero, le zarandea la pierna, pero no se inmuta. Recorre con los dedos el resto del cuerpo hasta que localiza el pecho. Resopla al comprobar que conserva el latido.

No considera una alternativa muy tentadora agonizar ahí abajo. Debe tomar decisiones de inmediato. La primera consiste en pedirle a sus compañeros que describan su

estado y que los más sanos busquen una salida lo antes posible. De los siete, cuatro enumeran vagamente las heridas. Los tres restantes no se manifiestan, ni siquiera jadean. Gracias al azar, los daños de Bertrand son los más leves del grupo. Se sacude de inmediato el intento de rebeldía ante la adversidad. Será muy complicado remontar el agujero. No ve a nadie en condiciones de trepar. Cero de siete; triste balance para lo que ha sido hasta el momento una festiva ruta de montaña. El grupo había ido desde Rennes para disfrutar durante unos días de los Picos de Europa, una cordillera que les gusta por el aspecto lunar de sus cumbres punzantes y descarnadas, como si las hubieran frotado con lija hasta alcanzar ese característico plateado mate con incrustaciones anaranjadas en algunas de ellas.

El corazón le da un vuelco. La situación no pinta nada bien. Quizá no todos vuelvan a casa.

Ante la imposibilidad de remontar el pozo, Bertrand decide llamar a emergencias. Como guarda el móvil en la mochila, usa la mano izquierda para quitársela y procura no rozar con los tirantes el hombro dañado. Abre un bolsillo lateral y saca el teléfono. La pantalla conserva la iluminación, pero no la solidez: presenta docenas de fisuras. A duras penas consigue distinguir los iconos de las aplicaciones. Al menos logra hacer la llamada y que la operadora entienda su pobre dominio del español. La mujer le pregunta dónde se encuentran. El chico le cuenta que en una bocamina entre la Morra de Lechugales y el refugio de Ándara, con toda seguridad más cercana al refugio que a la montaña, pues llevaban dos horas de descenso cuando ha comenzado a diluviar. Ella le comenta algo que ya sabía: deberá ser más preciso, hay más de un centenar de bocaminas dispersas en una zona muy amplia. Le sugiere el método de localización más rápido: enviar la posición a través

de cualquier aplicación que funcione. La maniobra no va a resultar fácil, las innumerables fisuras de la pantalla hacen imposible localizar los iconos. Tras varios toqueteos y un caótico popurrí de tonos, duda de que el mensaje haya llegado a su destino.

Transcurre el tiempo y Bertrand tiene la amarga sensación de que nadie conoce su paradero. Con tan pocas esperanzas de ser rescatados, tendrá que ingeniárselas como sea para salir de la fosa.

Enciende la linterna del teléfono y enfoca a sus compañeros, que le devuelven un espectáculo desolador: caras ensangrentadas, cuerpos retorcidos, miradas extraviadas... El fondo del pozo le recuerda a esas prisiones de países tercermundistas donde se hacinan los presos en verdaderas montoneras.

Enfoca con la linterna hacia arriba para hacerse una idea de la situación. Calcula que el pozo medirá unos tres metros de diámetro y ocho de altura, más o menos. Las paredes, casi verticales, carecen de salientes que sirvan de estribos. Lo aconsejable sería ahorrar batería.

Su pierna derecha ha quedado doblada y el dolor de la rodilla se vuelve insoportable. La estira hasta que encuentra un obstáculo. Se imagina que ha topado con el cuerpo de otro compañero. Hurga para discernir de quién se trata. Palpa una textura dura y curvada. Intuye que corresponde a una rodilla, pues algunos visten pantalón corto. La zarandea, pero no se mueve, y el compañero tampoco se queja de la manipulación. Algo no va bien. La superficie le resulta demasiado fría al tacto. Recupera el teléfono y vuelve a encender la linterna. No es una rodilla lo que termina de manosear, sino un cráneo. Pasa revista al resto del cuerpo. A su lado yace un cadáver descompuesto. Bajo el chubasquero no quedan más que huesos. Suerte que los compañeros

permanecen sumidos en el dolor y no reparan en el descubrimiento. El chico apaga la linterna de inmediato.

Al menos hay un cadáver en el fondo del pozo y quizá no sea el último, a juzgar por los gemidos que escucha, cada vez más tenues y algunos ya extintos. Un escalofrío le recorre la nuca tras recibir la visita del peor enemigo de un montañero: el pánico. Resignado, apoya la cabeza en la roca y cierra los ojos.

No ha pasado ni media hora desde la caída en el pozo cuando percibe una vibración. Se avecina un nuevo desprendimiento y el punto final a toda esperanza, si es que le quedaba alguna.

Las penitencias no suelen ser proporcionales al pecado cometido. O se pasan, o se quedan cortas. En este caso, un asomo de inconsciencia los condenará a una tortura infame.

Quizá ninguno regrese a casa. Un tercer derrumbamiento los castigará con una muerte terrible, peor incluso que la sobrevenida por el impacto contra el fondo pétreo. Si se clausura la bocamina por completo, morirán de asfixia, robándose el último aliento unos a otros, como los peces cuando se deseca un río.

POR FORTUNA, EL montañero francés ha errado en el pronóstico. El temblor que ha escuchado desde el fondo del pozo no aventura un nuevo hundimiento; proviene de las barras de acero con que los guardias del GREIM de Potes hacen palanca para desplazar las rocas más pequeñas y abrir un orificio de suficiente tamaño como para rescatar al grupo.

La luz, que penetraba hasta ese momento con timidez, crece en intensidad, como si alguien hubiera puesto la mano sobre la llama de una vela y la retirase de repente. Se descuelgan dos guardias por sendas cuerdas. Sus potentes

focos deslumbran a los montañeros que permanecían conscientes. Pasan revista a los chicos y evalúan con diligencia la gravedad de cada uno de ellos. Un guardia grita hacia el exterior que necesitarán cuatro camillas, pues deben ascender a varios heridos inmovilizados. Los guardias sacan a los montañeros con delicadeza y milagrosa celeridad. Como es natural, deciden el orden de rescate en función de la urgencia, y al joven Bertrand lo dejan para el final. A buen seguro que nunca celebrará con más entusiasmo ser el último en algo.

A decir verdad, el último en ser extraído es el cadáver de un hombre que había cometido el mismo error que los chicos franceses, aunque él había tenido menos suerte. A primera vista no se sabe con certeza si lleva en la cueva cinco años o cincuenta, pero acumula una larga estancia allí abajo.

Bertrand es el montañero que ha tenido más suerte esa mañana, pero es justo reconocer que todo el grupo ha gozado de notable fortuna. Una tonelada más de roca desprendida de la bóveda y la cueva se habría taponado por completo. La enfermería provisional convertida en una fosa común.